

## **Viaje sin retorno**

*Mercedes Torre*

“Un pequeño paso para el hombre, un enorme salto para la humanidad” ... ¡Sí, seguro que esta fue la visión de la primera persona que pisó la luna! A medida que avanzábamos, los pequeños puntos a los lados de la carretera se iban transformando en figuras arcillosas, como esculturas de Dalí. Algunas casi alcanzaban las nubes con sus erosionadas y estrechas columnas. Caía la tarde y el fuego ganaba terreno al azul del cielo. Nos movíamos al ritmo marcado por la gravilla del camino saltando contra los bajos del coche. Podía distinguir, a lo lejos, el extraño zigzag de la carretera. Algunos destellos hacían sospechar el tránsito de automóviles por ella.

El búho metálico que colgaba del retrovisor oscilaba como el péndulo de un reloj antiguo y mis ojos seguían esta trayectoria, hasta el punto de casi hipnotizarme. De reojo observé, a mi izquierda, su silueta. Desprendía un olor ácido, nauseabundo. La espalda recta y la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. Sus manos, sudorosas, se aferraban con seguridad al volante.

Hacía calor. Me sentía incómoda. Mis huesos se clavaban en el asiento mientras mi mano derecha intentaba alcanzar, con disimulo, el manillar de la puerta. “Es posible”, me concienció. Tenía que actuar con rapidez y de manera sincronizada: soltar el cinturón de seguridad, abrir la puerta, saltar y empezar a correr. Pero, correr... ¿hacia dónde? No podría llegar muy lejos. Nadie acudiría a socorrerme. Estaba sola en algún lugar apartado del resto del mundo.

De pronto sentí, bajo mis pies, una fuerte explosión. El coche comenzó a moverse de manera descontrolada, de un lado a otro de la carretera. Cerré los ojos y me agarré con fuerza al asiento, como si se tratase de mi salvavidas. Un frenazo en seco. Una, dos, tres... ¿cuántas vueltas de campana? Impactamos contra una de las rocas. Noté como mis pantalones se mojaban con un líquido caliente. Olía a gasolina y a goma quemada. Recorrí con las manos desde mis rodillas hasta la cabeza. Abrí, con miedo, los ojos. El espectáculo me dejó aterrada. El coche estaba bocabajo. No podía ver mis pies, atrapados en una oscura maraña de hierros, sangre, tela y huesos. No podía moverme. Giré, con dolor, la cabeza hacia el otro lado y comprobé, con sorpresa, que el asiento del conductor está vacío. Estaba sola. A través de la ventanilla solo alcanzaba a ver la rojiza tierra.